

SINUM

Redacción: Obispo, 5
Tomo segundo

AÑO IV

Administración: Constitución, 7
Sineu 28 de Junio de 1908

N.º XXV (52)

Buzón: Palacio, 1.º
Una pta. dos decenas

Miserias humanas

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Luis, sentado junto á la mesa en donde hay un servicio de café, una botella de ron y dos copas. La del barón está llena todavía. Este sentado junto á la estufa. Es de noche.

BAR.—¿Has leído ya la carta de tu prima?

LUIS.—No, ¿que importa? ¿no dice V. que están buenos?

BAR.—Sí; ya se que á tí nada te importa, ya veo que tu casa y tu familia te son indiferentes.

LUIS.—(Medroso) ¡Padre!

BAR.—Antes, ahora no Hoy el mutismo y el silencio predomina en tí y solo tú eres el empeñado en eclipsar la alegría de esta casa.

LUIS.—¿Por qué?

BAR.—Tú lo sabrás. Yo nada sé. Lo que si se es que ya no eres el Luis de antes. Ayer, cariño y alegría, y hoy....

LUIS.—¿Y eso le extraña á V.?

BAR.—Sí.

LUIS.—No debe de extrañarle, pues, porque es la cosa más natural del mundo. Y sino, dígame V. ¿qué sucederá si cortamos ó tronchamos el talle de una rosa que esparce por el ambiente aquel embriagador perfume? Lo lógico, lo consecuente. Dejará de ser rosa y dejará de perfumar la atmósfera y V. de sentir su fragante aroma. ¿No es así? Pues bien, si es así, ¿qué sucederá si hieren á un hombre en lo más hondo y le parten el corazón? Dejará de ser hombre, será un espectro, y los espectros no hablan padre mío; (lloroso) los espectros no hablan ni rien. Y yo soy un espectro, yo tengo el corazón partido por el dolor. (Pausa breve.) ¿No bebe V. ron esta noche?

BAR.—(Levantándose y yendo á sentarse á la mesa frente á Luis.) Si. (Bebe de un trago todo el contenido de la copa y Luis no puede reprimir un temblor convulsivo que le agita todos sus nervios. Pausa prolongada.)

LUIS.—Y bien, ¿sigue V. impertérrito con su resolución?

BAR.—(Cariñoso). Pero Luis, ¿no ves

que ese amor mancilla tu linaje, no lo ves?

LUIS.—¿Sí? Pues bien: si V. me demuestra que mi amor desdora mi alta preza; si V. me demuestra cual de los dos deberes es más sagrado, conservar incólume el noble apellido que llevo ó mantener el amor más noble que el apellido, yo haré lo que V. diga. Y sino me dará V. su bendición y me hará con ello el más venturoso de la tierra. Y sino....

BAR.—¿Qué?

LUIS.—(Condolido). No se.... perdón....

BAR.—Pues bien; yo te diré que el noble que se casa con plebeya desprecia á sus antepasados que se esforzaron en el campo de batalla en defender á su rey, quien en recompensa de sus servicios dioles el título de Duque, Marqués, Barón, Conde, etc. etc., según la índole de aquellos. Te parece bien, pues, que tus abuelos havan adquirido este título á costa de su sangre y tú lo manches con enlaces que prohíbe la ley?

LUIS.—¿Qué ley?

BAR.—La ley de la razón.

LUIS.—Permitidme que os diga que no veo tal razón ni mucho menos tal mancha.

BAR.—(Fuera de sí). Porque eres terco hasta el fin, pero yo te juro que por esta vez no ha de prevalecer tu terquedad.

LUIS.—No jure ni se alarme V., que así no vamos á conseguir nada. Cállese V. y vayamos á la verdad. ¿En donde está la mancha que dice V.? ¿Qué razón es esa que se atreve á sacrificar el amor, que es cosa de Dios, á la nobleza, que es cosa del hombre?

BAR.—¿Y quien te dice á tí que la nobleza es cosa del hombre y no de Dios?

LUIS.—Usted. Usted lo ha dicho aun no hace medio minuto.

BAR.—¿Yo?

LUIS.—Sí, V. Todavía resuenan en mis oídos sus palabras. «El rey otorga títulos de nobleza á los valientes guerreros en atención á los servicios que le han prestado.» ¿No es así? Pues bien, el rey es un hombre, luego esos títulos....

BAR.—(Furioso.) Basta. (Pausa) ¿Y

por qué el amor es cosa de Dios y no ha ser cosa del hombre?

LUIS.—¿Y esa pregunta me la hace V. de buena fé ó es para ver si logra confundirme y llegue á no saber que responderle?

BAR.—Por lo que sea. Pregunto yo y á tí te toca responder.

LUIS.—Y lo haré. Vamos á ver, ¿por qué está V. hoy tan furioso? ¿qué es lo que siente V. contra mí? Enojo, disgusto, ¿no es así? Bien. ¿Y qué sintió V. esta mañana al recibir la carta de mis tíos? Alegría, ¿no es así? ¿Que sentimientos le inspiraría á V. un sujeto que tratara de marcillar su honor, su dignidad? El desprecio. ¿verdad? Y lo que yo siento por aquella mujer ante cuya presencia mi alma se enajena de gozo ¿que és? Amor, ¿es cierto? (El barón empieza á rendirse á Morfeo.) Y de todos esos sentimientos tan contrarios, tan distintos y tan opuestos, ¿en donde siente V. sus efectos. En el alma. Luego el alma, que es imagen viva de Dios, nada le importan las cosas del hombre y si le importan las de aquel Dios todo amor. ¿Y duda V. que los buenos sentimientos sean inspirados por Luzbel los sentimientos malos. (Reparando que el barón se ha dormido por completo.) Duerme, duerme. Ya que tú me has robado la alegría, yo te robaré los millones que por muchos que sean no bastarán para desquitarme. Sé que mi conducta es indigna, pero tú lo quieres. Sembraste en mí el germen del mal, recoge pues el fruto. (Pausa) Maldiciones, juramentos, blasfemias. Tú eres el culpable. De ello darás cuenta á Dios. (Oyese ruido en el balcón.) Entre amigo, veo que es V. todo un buen caballero que sabe acudir puntual á la cita. (Martín va á entrar pero se detiene al ver otro hombre á quien no conoce.) Entre nada tema. Duerme y no despertará dentro de veinte horas. Está narcotizado.

MAR.—(Entrando).—Despachemos pronto, pues.

LUIS.—Sí, entre V. allá. La llave está en la cerradura. Tome V. lo que quiere. (Entra Martín por la primera derecha dejando la capa y el revolver sobre la mesa.) Darás también cuenta de este el día del Juicio. ¡Tres víctimas! ¡Tres víctimas de tu proceder! ¡¡Miserable!! Porque María

es otra víctima. ¡Qué tristeza la suya al despedirme de ella para siempre! Adios María, adios. No nos veremos más. Al pedirme ayer la vida no la quise entregar porque quería despedirme de tí. Ya lo estoy, venga pues la muerte ya que sin tí la existencia es árida é insalsa y el mundo un oasis, un desierto ¡Ah! ¡MISERIAS HUMANAS! ¡miseria condición la de la humanidad que despreciando ó no sabiendo hacer uso del instinto con que te dotó la Providencia, y convirtiendo al hombre en bestia salvaje, siembras la discordia entre los hermanos y pones al padre frente al hijo en lucha sangrienta é infernal! (Frenético.) Luchemos pues, luchemos hasta morir. Pero, ¡morir y condenar mi alma! No, yo no quiero condenarme. Yo me quiero salvar, y obrando de este modo no me salvaré. (Con profunda tristeza.) ¡Dios mío, que trance tan cruel! ¿Que debo hacer, pues? Nada. Tú lo harás por mí. Pero ¿y el otro? ¡Tampoco es ladrón el otro! ¡Quien sabe si es otro desventurado como yo que su sino le ha inducido á robar! No, no será ladrón, porque yo no quiero ser su encubridor. (Aparece Martín con varios lios y paquetes y apuntándole con el revolver que poco antes ha dejado sobre la mesa.) ¡Atrás! (Este retrocede espantado.) No tiemble V. Antes de salir tenemos que hablar. Deje V. esos lios sobre la mesa, siéntese y escuche lo que tengo que decirle. (Se sientan los dos) ¿Quién es V.? ¿Qué es lo que le induce á robar? Porque V. no es ladrón de oficio, ya se lo dije á V. ayer y yo me ratifiqué en lo dicho. Algo grave le habrá ocurrido á V., y hoy con la razón extraviada va V. á cometer esa mala acción que mañana deplorará. Estoy seguro, porque lo sé por experiencia propia.

MART.—Señor mío, me ha engañado V.

LUIS.—También me engañé á mí, pero este engaño va á redundar en beneficio de los dos. Y ahora dígame V. quien és y porque ha venido á robar. Yo le prometí á V. por la salud de sus hijos... ¿V. ha tenido hijos?

MART.—No.

LUIS.—¿Y esposa?

MART.—La tuve.

LUIS.—Pues bien, por la memoria de su esposa (Martín es presa de una violenta sacudida) yo le prometo que en cuanto haya contestado á estas preguntas le dejaré partir en completa libertad. Mas antes tendrá V. que disparar su arma contra mí. Tome V., tome V.

MART.—¿Para qué?

LUIS.—Para matarme. Si quiere V. seguir por el camino emprendido, tendrá V. que matarme, porque yo no quiero ser su cómplice. Ayer sí, lo quería. Ayer lo quería todo, matar, robar, volar la casa. pero hoy... hoy no. La conciencia, ese agente del bien que habla al alma y la dulcifica, me ha hablado á mí. «No es ese—me ha dicho—el

camino que debes seguir. Ya que pues has dado el primer paso hacia el borde del precipicio no sigas más, de lo contrario, sin darte cuenta, rodarás irremisiblemente por el abismo profundo del que no volverás á salir jamás. ¡Jamás!» Esto me ha dicho. ¿Y á V. no le ha hablado nunca?

MART.—(Tras breve pausa.) Sí, ahora mismo.

LUIS.—¿Y qué le dice?

MART.—(Con dolor.) Lo mismo que á V. ¡Ay gran Dios, cuan tarde me das á conocer el verdadero y único camino para llegar á Tí! ¡Cuán malo he sido! No más, Dios mío, perdón.

LUIS.—Sí, perdón. Perdón para los dos que yo también he sido malo apesar de los esfuerzos que hice para ser bueno.

MART.—Como yo.

LUIS.—(Con interés) ¿También V.?...

MART.—Yo era bueno, pero hicieron germinar en mí el mal y este invadió mi cuerpo y alma por completo.

LUIS.—(Con tristeza.) Como á mí.

MART.—Yo amaba á una mujer, pero mi familia se opuso tenazmente á que la amara.

LUIS.—¿Y por qué?

MART.—Porque era pobre.

LUIS.—¡Insensatos los hombres tan aferrados á los bienes transitorios y desprecian lo que es más digno de apreciar!

MART.—Sí, ¡insensatos que no saben distinguir lo bueno de lo mejor! (Hablando con sí mismo) ¡Oh, maldito interés que de tantas víctimas has sido tú el culpable! Tú eres la causa de mi desventura porque sin tí, hubiera podido ser más dichoso al lado de aquella mujer que no desgraciado fui al lado de la otra.

LUIS.—¿Fué V. muy desgraciado?

MART.—Tanto, que no puede V. imaginárselo. ¡Ah! si pudiera borrar el recuerdo del pasado, quizá volvería á renacer en mi la tranquilidad ya que no la alegría. Pero no puedo. Y á V., que me ha arrancado de la senda del mal, voy á hacerle depositario de mi secreto á ver si V. que es tan bueno encontrará remedio posible á mitigar la fiebre maldita que me roe el corazón. Escuche V.: Era una tarde de un domingo de primavera. En el jardín crecía lozano el claveal y el jazmín, y á su vera y respirando su fragancia, aguardaba á mi padre que poco debía tardar en aparecer siguiendo su inveterada costumbre. Una vaga inquietud amedrentaba mi espíritu ante el temor de perder para siempre lo que tanto amaba. Y efectivamente; venir mi padre, confesarle mi amor y oír de sus labios la sentencia de muerte todo fué uno. Porque sí, era aquello condenarme á morir. (Llora. Pausa) Sin darme cuenta de lo que hice, pues sin duda debieron valerse de la astucia ó traición, al despertar del letargo en que me hallaba sumido me encontré con que estaba casado. ¡Casado con una

mujer á quien no amaba! (Pequeña pausa.) Pasaron los días, deslizándose éstos, monótonos, lúgubres y tristes. La indiferencia que sentía por aquella desventurada mujer, llegó á convertirse en odio, y una noche, ¡ay!... al recordarlo se apodera de mí un no sé qué, que con sangre de mi sangre, si bastara, gustoso borraría tal vileza. Pero está hecho, como estaba hecho también mi malhadado matrimonio. Una noche, de esas oscuras como la miseria, y negras como el pecado, que el vértigo se apoderó frenéticamente de mí... ¡ay!... la envenené creyendo que así podría volver á ser feliz.

LUIS.—¡Pobre amigo! ¿Y se equivocó V.?

MART.—Me equivoqué. Desde aquel día he dejado de gozar. Desde aquella hora maldita que di el primer paso por el camino del mal sentí tan fuertemente inclinado á él que en nada hallaba gusto sino en el mismo mal. Desaparecí de mi casa y andando errante por este mundo me uní á una cuadrilla de bandoleros y últimamente formaba parte de una partida que quería levantar armas contra el rey y cada uno de nosotros se había comprometido á aportar un millón para este fin. Pero afortunadamente me ha salido V. al encuentro y me ha hecho ver la infame y asquerosa de mi conducta y por ello le estaré eternamente agradecido.

LUIS.—Sí, amigo. Infame y asquerosa es su conducta de V. Repugnante y vil. Déjela V., no cometa esas dos malas acciones de robar y levantar armas contra su rey. ¿Quiere V., que, ya, que el destino ha unido á dos infelices bajo un mismo techo, vayan juntos á llorar sus yerros pasados? Si, marchemos de este mundo que no es para nosotros. Marchemos de aquí donde todo es ficción y falso. Lejos de esa sociedad embrutida por el inmundo lozadal, lejos de esa sociedad enmohecida y putrefacta.

MART.—Marchemos; pero antes, deje V. que vuelva á dejar en su lugar aquel montón de oro que ha perdido todo su brillo y valor para mí. (Vase por primera derecha.)

LUIS.—Sí, vaya V. (dirigiéndose á su padre que sigue dormido.) ¿Has oído padre? ¿Has oído la relación de un hombre á quien le arrancaron sus más puros sentimientos y en su lugar ocuparon sitio todas las maldades? ¿Quién es el culpable? A esto querías conducirme tú y pues que tan indiferente te muestras por la suerte de tu hijo y tan poco te interesas por mi felicidad, padre, (violento) á partir de hoy, no tienes hijo.

MART.—(Apareciendo.) Ya está, ¿nos vamos?

LUIS.—Sí. (Dirigiéndose á su padre.) Señor barón de Beniflor, no te maldigo porque eres mi padre; pero tampoco te bendigo porque has sido mi verdugo.

Adiós para siempre. (A Martín.) Vámonos. (Váanse los dos cogidos del brazo.)

TELÓN LENTO

Platón

La vida del hombre

Amanece. En el lejano horizonte oriental la claridad del crepúsculo aumenta por grados hasta que se asoma Febo á la faz del mundo. Nace un nuevo día.

Sobre la verde alfombra de la tierra y sobre las hojas de las plantas y de los árboles destácanse infinidad de gotas de rocío que heridas oblícuamente por los primeros rayos del sol, brillan cual las más ricas perlas.

El jilguero, con su dulce gorjear, inunda el valle de dulces melodías como el sol, con su presencia, lo ha inundado de luz.

La campana de la hermita que con su lengua de bronce lo mismo llama á misa al anciano de calva venerable, que, al robusto y joven aldeano á sus faenas agrícolas, es echada al vuelo esparciendo por toda la comarca su ronco tañido.

La naturaleza engalanada con sus vestidos de primavera esparce por el ambiente efluvios que se desprenden de las innumerables plantas y flores silvestres que crecen por doquier.

El Tiempo impasible sigue su marcha devorando con su devastadora garrucha todo cuanto halla á su paso.

Y tan y mientras camina hácia lo desconocido, arrastra consigo á todos los seres y á todas las cosas de la creación obedeciendo á la ley sobrenatural que pesa sobre el universo entero.

* *

El sol ha llegado á la mitad de su carrera. Sus rayos caen perpendicularmente sobre nuestras cabezas y nuestras sombras que antes se dibujaban en el suelo hácia el oeste, en breve lo harán en dirección opuesta.

Ha sonado la hora y la mañana cae del trono, donde sienta sus reales la tarde, con su fresca brisa que riza suavemente las tersas aguas del riachuelo en cuya superficie se refleja la grandiosa bóveda del firmamento.

Las golondrinas revoloteando y chillando por los aires mientras que la mariposa de vistosos colores revolotea de flor en flor chupando con avidez el rico néctar depositado en sus cálices.

El ruiseñor lanza al espacio sus melodiosos trinos que llevados en alas del viento repercuten y espárcense por toda la llanura.

La tarde declina. El rey de los astros camina hácia el ocaso, y dentro de poco nada quedará del día que hemos visto empezar.

* *

Esa es la vida del hombre. Nace, crece, vive, muere y deja de ser lo que fué, para no volver á serlo jamás en este mundo como tampoco lo volverá á ser aquel día que acaba de expirar.

J. F.

Cívicas al volar de se ploma

En es nou carré des Carril, s'ha inaugurat aquets días se primera casa. Es seu propietari, que es D Toni García de Paredes, ha tengut bon gust y forsa de dobbés per fé que aquella quedás á envidiable altura dins es damés casals que constituïxen es poble de Sineu. Aixó, en cuant á s'exterió, que á s'interio no'n sabem una paraula. Tot li sigui enhorabona y que le pugui disfrutá molts d'anys.

✂

D. Miquel Martí, també en te una de feta en es mateix carré, si bé encara no acabada, y cualsevol que passi per allá vorá que entre aquestas duas senyoras (ses duas casas, qu'estan veinadas) han comés un assassinat. S'han atrevidas ¡tan joves! á matá ses bonas reglas d'arquitectura, bellesa y ornamentació fent mal d'uy's á cualsevol, al veura duas casas veinadas y de construcció casi idéntica una mes alta que s'altre. ¡A no ser que en *Robespierre* (de baix ho sembla s'estatueta que hi ha demunt es terrat d'una) vulgui dominá s'escut, d'es Sacrat Cor de Jesus que sa veu á s'altra!..

✂

Se prossesó del *Corpus*, com sempre. Molts d'angels, molts caras guapas, molts de vestits nous, molts de *badochs* y molts y molts que no saben que cosa es aná á una prossesó. ¡Quina llástima qu'es afany's y es çel des nostro molt respectable clero no sigui secundat per altres personas que en lloch de doná *llum* rompen es ciri y l'entreguen fet una llástima! ¡Y quina llástima també de ses quatre notas discordants que sens *re-mi-si* ó s'escaparen del... pero basta, que se ploma se mos va cap aquí ahont noltros no volem. No'n parlem pus.

✂

Se plasseta de S. Francisco, convertida ab un jardí guapo. Es jardí, no çeh?, deim guapo, lo mateix que hauriam pogut di molt be, ó cualsevol altre cosa. De ser guapo ó ser lleixt dependrá de que hi sembrin cols y tomatureras ó que hi sembrin aufabagueras y bellveuras.

✂

D'ensá que som á nes mes de Juny, funciona á Sineu una taula reguladora de se carn.

Abans d'aquest mes le pagarem á vintivuit, qu'encara deim, á pesa de ser obligatori es sistema *metrich* desimal, com ho es també s'honoradés, s'imparcialitat y se reccitit per ocupá certs carrechs, pero fiets meus degut á se regularidat de se taula des nostro dignissim Ajuntament y á ses botigues des damés carnicés le pagam avuy dia á vintiquatre, si es bona, y á vint, y á secze, segons es graus de desgraci en que se troba s'animal de que prosedeix á s'hora de matarló.

Molt be, val mes qualche cosa que no res. Axí com axí tots mos podem aprofitá de se gananci. Es nostro Ajuntament, es primé de tots, en so benefici de se seva nova industria à que se ha visto, muy à pesar suyo, obligado *seguramente á hechar mano*, no obstant s'aument de cinch centas pessetas qu'ha fet sofrí, no sabem tampoch si per necessidat, á s'arbitri des matadero. Es publich en comú, en segon terme, pes be que se li fa, encara que sapi que es qui fa be al comú no'n fa á ningú. Pero li basta y sobra que cuant el senyó inspectó de carns s'ausenti de Sineu s'encarregui de visurá se carn el senyó Batle ó be el senyó satx que pes cas es igual. Y per últim es carnicés no *regularisarats* per que ab se baratura de se carn tendrán se des bestia per se llógica lley de ses compensassions. Y si no ho creuan que prenguin llum de s'Ajuntament per no di de ne *Pintora*.

Un aussell volátich

La Dimisión

(De aquí y de allí)

I

—A qué tocan tan de mañana, tío Chamorro?

—A concejo, tía Perula.

—A concejo y apenas si amanece?

—Es que hay un *nigocio* muy grave que *discutir*.

—*Mu* grave, tío Chamorro?

—*Mu* grave, tía Perula.

—Va á venir el Obispo?

—No, señora, ni falta que nos hace su ilustrísima.

—¿Ha llegado el juez de instrucción?

—Tampoco.

—¿Tenemos en el lugar algun agente de apremio, como el del año *pasao*?

—Dios nos libre! Nuestro pueblo ha *pagao* ya la *contrebución* y no espera *delguna* plaga semejante.

—Pues entonces ¿á qué ese concejo tan de mañana? ¿Qué pasa en el lugar?

—Una cosa *mu* gorda.

—Pues díjala, cristiano, y no me haga estar en ascuas.

—Es que, en esa cosa, las mujeres no tocan pito.

—Pues tocarán flauta.
—Ni *frauta*.
—No? Pues le prevengo que, si no me la dice, no dejo ir *al mi hombre á concejo*.

—Eso faltaba! La presencia del tío Perulo es *endispensable*. Como que está *designao naa* menos que para...

—Para qué?
—¿Promete guardarme el secreto?
—Como si cayera en un pozo, ¿Para que está *designao el mi hombre*?

—Para iniciar la *riolución* con su *rilocuente* palabra.

—Dios nos ampare!
—Chist! No diga una palabra! Dentro una hora nos *riolucionamos*.

—Quienes?
—Nosotros, los del concejo.
—Y que *senifica* eso?

—Pues eso *senifica guenamente* que vamos á campar por nuestro *rispeto*; que de hoy *alante naide* nos tose; que cada *rigidor* hará de su capa un sayo, sin tener que darle cuenta *delguna al fantoche* que á nuestras espaldas hace su agosto; en una palabra, tía Perula, que seremos *independientes* cada uno de por sí y de todos juntos, no teniendo ni Bartolo, ni Juan, ni Pedro que lo fundó, que nos mande y gobierne. Conque, silencio! Me voy hacia el portal de la sala, que ya han *acabao* de tocar. Dígale al tío Perulo que se despache, que la cosa urge. Adiós.

Y altamente satisfecho de su explicación, el tío Chamorro traspone el portillo de la calzada que conduce á la Casa Ayuntamiento.

II

Los concejales con su presidente, á la cabeza, están celebrando secreta sesión.

El tío Perulo está en el uso de la palabra que le acaba de conceder el señor Presidente.

Yo no sé hablar—dice—porque, zapatero á tus zapatos, como dijo el otro, pero voy á *iciles á ustés* una cosa porque sí; porque puedo y tengo *sastifación pa* eso y *pa* mucho más; digo yo. Y si en algo falto, *ustés disimulen*, porque uno no tiene *lastrusión* aparente *pal* caso; pero es lo que se dice; *ca* uno es *ca* uno y *denguno* es más que *naide*, y *masláu* sabemos *tóos* que tras del último no va *denguno*; *esa* es mi tema: uno ya va *pa* viejo, y á otra cosa me ganarán, pero en punto de lo que estamos tratando, no hay quien, hoy por hoy, se entiende; por algo ha *estao* uno en el servicio catorce meses día por día, y no fuí cabo segundo interino porque *toas* las cosas de este mundo *tien* sus *arrodeos*, como *ice* el *reflán*, que en Madrid hay mucha gente y *ca* uno va á su *nigocio*; así es que, es lo que yo digo, *el hombre es hombre* *ú* no hay caso. Uno está *inorante* de *muchismas* cosas, pero es por su cuenta y razón ¿me comprenden? Pero como yo

soy perro viejo, como quien dice, si alguno me viene con que si verdes las han *segáu*... Adiós, que te vaya bien. Y no es hablar por hablar, porque la mentira no dura hasta que aparece la *verdá*; ni son *figuraciones* más, porque las cosas son como son y no *dotra* manera; la *verdá* no *tié* más que un camino y de *ná* sirve en que yo me empeñe en que ha ser *asi* *ú* *asá*, porque de *toas* maneras será lo que sea y *ná* más. Y que no sirve darle vueltas; cree uno est: r bien en un sitio y *antigual* que es *tóo* lo contrario, y eso no es otra cosa sinó que no hay en el día de hoy, mayormente, *presipios* *pa* el *Inchiadano honrao*, y ahí está *la maldá* de las gentes y de las *presonas*.

Yo soy un *naidie*, pero si yo fuera, pongo por comparación, Gobierno *ú* cosa así, también digo; por supuesto, que de menos nos hizo Dios, que nos hizo de *laná*, y que esa no hay quien me la vuelva porque es la fija. Conque *Inchiadanos* voto por la *riolución*, la *demalocion*, la *incrisicion* y la *dismision*, como queráis, que *tóo es mesmamente* igual. He dicho.

—Soy también de la misma opinión, tío Perulo.

—Y yo.

—Y yo.

—Y *toos*.

—Queda *aprorbada* pues la *prorposición* de la *riolución* *ó* *dismisión* y levanto la *sisión*.

III

Una hora más tarde son citados, el tío Chamorro, el tío Perulo y el Alcalde, para que comparezcan ante la presencia del señor de quienes son meros fantoches.

—¿Conqué dimitir?—exclama indignado. Me sobran aquí cortesanos que querrán ser consejeros.

—¿Dimitir?—Dice el tío Perulo.

—¡No es ocasión!—Exclama el tío Chamorro.

—No; de ningún modo. Lo aprobamos *todo*, *todo*, antes que hacer dimisión, prorrumpe el Alcalde.

Y en efecto como siempre, no dimitieron. Ni dimitirán.

F. L. E.

Campanillazo feudal

(D. Bartolomé—D. Cristóbal—
D. Luis—El Articulista)

B.—¡Ola, Cristóbal!

L.— Buenas tardes, D. Cristóbal.

C.— Salud, buenos amigos.

B.— Con qué sentado sobre el sillón?

C.—Y que parece un almohadón de plumas.

B.—Je je je je je.

L.—¡Qué humor el de D. Cristóbal!

C.—Sí, que humor tan.... bilioso.

L.—Ja ja ja ja ja.

B.—Je je je je je.

C.—Ji ji ji ji ji. (Pausa)

B.—¿Estás pensativo, Cristóbal?

L.—¿Le preocupa algo á D. Cristóbal?

C.—Cuando veniais estaba pensando en el Feudalismo y el pensamiento de si fué útil ó nocivo á la humanidad, me tenía realmente preocupado.

L.—¡Que ocurrencial!

B.—¿El Feudalismo útil?

C.—El Feudalismo útil.

B.—¿Hablas en serio?

C.—En serio.

B.—Pues imagínate el cuadro: Arriba un castillo y en este castillo un señor déspota, extravagante é imbecil. Abajo unos miserables sin derechos y con el deber de comerse unos á otros si así lo manda el señor. Soberbio, sublime!

C.—Mira tu el otro cuadro. El género humano naciendo para la guerra, viviendo de la guerra y muriendo en la guerra. Piramidall! ¿No te parece Luis?

L.—Todo es horrible.

B.—El Feudalismo hizo mucho mal.

C.—El Feudalismo hizo mucho bien.

B.—¿Lo implantarías ahora en la sociedad?

C.—De ninguna manera. El mundo de hoy no es el de ayer.

L.—Bueno; convengan ustedes en que el Feudalismo fué en su tiempo una medicina saludable pero que ahora sería pernicioso.

C.—Convenido.

B.—¿En qué?

L.—En que el Feudalismo sería una calamidad para los tiempos que corremos.

B.—Una verdadera calamidad. — (Pausa).

C.—¿Nos vamos?

L.—Cuando gusten.

B.—Vámonos. (Pausa)

A.—Ja ja ja... je je je... ji ji ji ... jo jo jo... ju ju juuuuu... Idos... miopes.

Decís los tres que en los tiempos que corremos el Feudalismo fuera una calamidad y todos militais en el Feudalismo. Tu, Bartolomé, eres el señor déspota, extravagante é imbecil. Y vosotros dos, á pesar de vuestros miles y vuestro talento, pertenecéis al número de los miserables sin derechos que se meriendan á la orden del señor.

Campanilla

Solución á la charada anterior

Al estudiar tu charada me encontraba algo serio; pero me vino á alegrar la música de un *Sal-te-rio*.

J. S.